

Amy Bratley

*Las cenas del
Club de los Sábados*

Traducción del inglés
de María Corniero

alevosía 

I

La cena de Eve

1

La vida tiene la rara habilidad de plantarte delante, justo cuando menos te lo esperas, tus problemas sin resolver más escabrosos. Todo el mundo lo sabe; yo, la primera. Es una ley no escrita que precisamente cuando todo te sonríe, la vida te da un palo que te deja doblado. Aun así, cuando abr  la puerta para recibir a los invitados a la cena aquella bochornosa noche de sábado de principios de junio, no esperaba en absoluto ver all  de pie en toda su estatura a mi problema escabroso sin resolver de un metro ochenta y cinco, con una botella de Chablis perlada de humedad y un ramo de amapolas coloradas en las manos.

—¡Dios mío! —exclamó estupefacto, echándose hacia atrás y tropezando con la ensortijada glicinia de flores malvas que colgaba del enrejado—.  Eve?

Se me cortó la respiración. No daba crédito a lo que veía. Parpade . Se me abrió la boca. Era mi ex, Ethan Miller. Nos miramos de arriba a abajo. Ethan soltó una risita ahogada mientras yo contenía el repentino impulso de echarme a llorar. No se me ocurría qué decir. Me qued  mirándolo boquiabierto, olvid ndome de respirar.

No era para menos. Hacía tres años que Ethan se había largado repentinamente sin avisar, desapareciendo de mi vida como una estrella fugaz se desvanece en el cielo nocturno. De pronto lo tenía delante, y fue como si las manecillas del reloj giraran velozmente en sentido contrario, rebobinando todos aquellos días, semanas, meses y años desde que Ethan se había ido. Me recobr  y trat  de cerrar la puerta, pero Ethan enca o en el hueco su zapato Patrick Cox del número cuarenta y seis. Debo reconocer que no opuse mucha resistencia. Respir  hondo y dej  que la puerta se abriera sin soltar

el tirador, agarrándome a él con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

—¡Santo Dios! —dijo Ethan, con los ojos redondos como platos—. No me lo puedo creer. Han pasado casi tres años.

Fruncí el ceño, aturdida y desconcertada. Al parecer, a los dos nos había sobresaltado aquel reencuentro. Me ardían las mejillas. Sacudí la cabeza. Seguía sin poder hablar. Del interior de la casa me llegó el siseo de un cazo de agua hirviendo derramándose sobre la hornilla y un olor amargo a chocolate negro quemándose. Comprendí vagamente que el postre iba a echarse a perder.

—Eve —dijo él.

—Ethan —dije yo.

—No sabía... —se le estranguló la voz—. No sabía que vivías aquí. Me siento como si me fuera a dar un ataque al corazón. ¿Me marcho sin más?

Señaló la calle con su lastimoso ramo de amapolas. Los colorados pétalos se caían lánguidamente, marchitándose al sol. Un taxi negro desaceleró con un estrepitoso zumbido de su motor diesel, pero Ethan le dio la espalda. Me tendió el ramo con una sonrisa tímida en los labios, como si estuviera recordando algo que fue bueno, en otros tiempos.

—No —dije—. No te marches.

Y aunque en mi cabeza se habían disparado todas las alarmas, hice lo que nunca debería haber hecho. Le dejé pasar.

Esa misma mañana me había sucedido algo curioso. Había encontrado entre las páginas de un cuadernito una vieja fotografía de Ethan y de mí que creía haber perdido. En ese momento estaba junto a una espectacular frutería del mercado Borough, envuelta en un embriagador aroma a fresas y frambuesas, hojeando el cuadernito en busca de la lista de la compra para comprobar que no había olvidado nada. Mi humor no era como para tirar cohetes, porque con solo veinticuatro horas de antelación había aceptado de mala gana ofrecer una cena de tres platos a un grupo de personas desconocidas, participando en el Club de las Cenas de los Sábados, un concurso de cenas (de enorme popularidad) organizado por el *London Daily*.

—Voy a pedirte un favor inmenso —me dijo por teléfono Joe, mi

novio, desde su mesa de la oficina de Canary Wharf del *London Daily*, periódico con el que colaboraba como reportero—. Prepárate.

—Me estás asustando —respondí con recelo, porque sabía que, fuera lo que fuese, no tendría más remedio que complacer a Joe. Mi novio lucía la medalla del Hombre Más Bueno del Mundo, y cuando me pedía algo, siempre que no implicara usar guantes de goma ni cadenas galvanizadas, yo lo hacía.

—Bueno, has visto el concurso del Club de las Cenas de los Sábados en el periódico, ¿verdad? —continuó—. ¿Ese que consiste en ofrecer cenas a desconocidos en tu casa y ponerse nota unos a otros de cero a diez? ¿Y en el que el ganador se lleva mil libras? Pues ha fallado uno de los concursantes de mañana por la noche...

No se atrevió a terminar la frase. Yo escuchaba con los ojos entornados cómo su encantador acento irlandés se iba volviendo más pronunciado por culpa de los nervios. Me parecía estar viéndolo, su cuerpo delgado echado sobre la mesa mientras hacía esa llamada personal, sin parar de frotarse con la mano libre la mandíbula, rasposa por la incipiente barba rubia, y agitando las claras pestañas sobre sus relucientes ojos castaños.

—Ya veo. ¿Y por casualidad estás sugiriendo que yo reemplace a esa persona?

Lo dije sin darle importancia, pero en mi fuero interno estaba molesta. Joe sabía que últimamente estaba liadísima. No tenía tiempo para recibir en mi casa a los amigos y mucho menos para invitar a unos desconocidos a una cena de tres platos de cuyos pormenores se enteraría todo Londres por el periódico. Al percibir mi mal humor, Joe carraspeó un par de veces y bajó la voz. Tuve que pegarme el teléfono a la oreja para oírle.

—Te encanta cocinar, ¿no es verdad? —dijo precipitadamente, como si se tratara de eso—. Eres una cocinera magnífica y, en fin, para ser sincero, si consigo encontrar a alguien, a ti, por ejemplo, me apuntaré un buen tanto. Ya me veo con un trabajo fijo aquí, Eve. Pronto tendré mi propio despacho.

Hizo una pausa para tomar aliento y continuó casi en un susurro:

—Imagínatelo, venga. Mi nombre en letras doradas sobre la puerta, los pies sobre la mesa, fumando puros y dando órdenes a voces a los subordinados...

Estaba intentando arrancarme una sonrisa, pero el trasfondo era serio. Joe llevaba años colaborando con distintas publicaciones y se moría por conseguir un puesto fijo de jornada completa en un periódico de prestigio. Quería demostrar que podía estar a la misma altura a la que estuvo su padre, aunque ese motivo no lo reconocía ante nadie que no fuera yo. Me mordí el labio. No iba a tener más remedio que aceptar.

—Y la editora dice que con mucho gusto te dejará hablar del café, e incluso lo elogiará —añadió Joe—. Ese tipo de publicidad vale una pasta. Este periódico tiene más de seiscientos mil lectores. ¿Y si todos se presentaran a tomar un café y un trozo de tarta? ¡Te harías millonaria!

Suspiré. Al hablarme del café había puesto el dedo en la llaga. Supuestamente, me faltaban ocho semanas para abrir un local, y en términos económicos aquello estaba convirtiéndose en una soga al cuello más que en un sueño hecho realidad, así que la perspectiva de conseguir publicidad gratuita era innegablemente tentadora. A pesar de todo, se me hacía muy cuesta arriba la idea de invitar a cenar a personas a las que no conocía. Pensé en las bragas y sujetadores que en esos momentos estaban secándose sobre los radiadores, en la montaña de vajillas, lámparas y cuadros que había comprado para el café y que tenía guardados en cajas en el vestíbulo, obstaculizando el acceso a la puerta principal.

—¿Y qué me dices de los trastos que tengo en el piso? —pregunté—. Me llevará horas recogerlos.

—No te preocupes por eso, forma parte de tu increíble encanto —dijo Joe alegremente—. Entonces, ¿trato hecho?

Oí al fondo las voces de los compañeros de Joe, una carcajada, después el sonido amortiguado de su mano sobre el teléfono mientras hablaba con ellos.

—¿Qué demonios voy a darles de cena? —pregunté exasperada, sin saber si me escuchaba o no.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo—. Perdona, tengo que irme, hay una reunión. Gracias por hacer esto por mí. Yo... yo lo... lo valoro mucho. Creo que es una buena idea, en serio. Estoy seguro de que a la larga te alegrarás.

Joe parecía tan agradecido que me ablandé. No podía fallarle. A lo mejor resultaba divertido. A lo mejor ganaba. En cualquier caso, no

iba a alterar mi vida, y si con ello le echaba una mano a Joe, no podía negarme.

—Te quiero, Eve —dijo Joe, poniéndose serio—. Más de lo que tú crees, de verdad. Gracias. Adiós.

Se oyó un ruido metálico cuando Joe colgó, y yo me quedé un tanto aturrida, preguntándome horrorizada qué podía preparar de cena.

—Yo también —le dije a la señal de llamada.

Así pues, después de hojear rápidamente los libros de recetas y de planear un menú, espárragos frescos de entrante, cazuela de mariscos acompañada con pan casero como plato fuerte, y merengue de fresas y chocolate de postre, hice frente a la muchedumbre que abarrotaba el mercado Borough el sábado por la mañana y me gasté en ingredientes frescos una pequeña fortuna por encima de mis posibilidades. De pronto, el hallazgo de mi foto con Ethan me dejó clavada al suelo. Era de un par de días antes de que Ethan se largase y parecía de otra vida. En aquel entonces, yo llevaba el pelo más largo, y castaño —no rojizo y muy corto como ahora—. Se me veía increíblemente feliz. Estábamos en el festival de Reading, sentados bajo el toldo de nuestra tienda de campaña, ambos muy risueños, Ethan rodeándome los hombros con el brazo y yo con la cabeza vuelta hacia él. Qué típico. Nunca lograba despegar la mirada de Ethan, que era insultantemente guapo. Se buscaba la vida como actor y podría haber sido un personaje de cualquier película de cine negro del Hollywood de los años cuarenta. En realidad, había hecho de camello en *The Bill* y de cadáver en *Silent Witness*. Alto, de facciones marcadas, moreno, con unos ojos enigmáticos, Ethan parecía haber salido de uno de esos provocativos cuadros de Jack Vettriano, rezumando virilidad por todos los poros. Incluso cuando no había dormido en toda la noche y tenía ojeras, lo que sucedía a menudo porque le encantaba salir de marcha, podría haber posado en una sesión fotográfica para Yves Saint Laurent. Pero la estética no era, ni mucho menos, lo que más me importaba. Disfrutaba mirando a Ethan porque durante los dos años que llevábamos de relación lo había amado con todas las células de mi cuerpo. Equivocadamente, creía que era un amor correspondido. Sacudí la cabeza, me mordí el labio y restregué los dedos de los pies contra las sandalias.

—Ni se te ocurra llorar —me aleccioné a la vez que suspiraba ruidosamente; me alejé de las fresas y me encaminé a la parada del autobús, con las bolsas de la compra golpeándome las piernas.

—Maldito Ethan —me lamenté—. Aún me tiene pillada.

Después de casi tres años separados, tras una relación de dos años, pensar en Ethan no habría debido disgustarme. Pero lo cierto era que me disgustaba. Al perderlo se hizo un vacío en mi vida que en su momento fue para mí fue un auténtico cataclismo: el hueco que dejó en mi corazón era comparable al provocado por la muerte de mi madre. E incluso pasado tanto tiempo, me sentía mal físicamente al recordar cómo se había ido, tan bruscamente, sin una palabra de advertencia. Hasta entonces estaba convencida de que Ethan y yo estaríamos juntos para siempre. Pero los hechos demostraron mi terrible equivocación. Suspiré. Cuando murió mi madre, pensé que ya había agotado mi cupo de tristeza, pero luego supe que la vida no funcionaba así. Había personas que vivían sin la menor preocupación, mientras otras eran imanes que atraían todas las desdichas.

Me subí en un autobús de la línea 40 en dirección a East Dulwich, encontré un asiento y eché otra mirada furtiva a la fotografía. Examiné el rostro de Ethan buscando señales de infelicidad, porque en secreto debía de sentirse infeliz. Traté de descubrir indicios reveladores de lo que estaba a punto de hacer. Tal como suponía, no había ni uno. Ethan sostenía en alto una pinta de cerveza en un vaso de plástico, como haciendo un brindis hacia la cámara para celebrar algo. Posé la foto en mi regazo y cerré los ojos. Quizá ese fuera el indicio.

—Ethan Miller —refunfuñé—. ¿Qué fue de ti? ¿Y a mí, que más me da?

Mientras el autobús avanzaba estrepitosamente por Borough Hill Road, atravesaba Camberwell Green y pasaba de largo junto al hospital King's College y la estación de Denmark Hill, una serie de imágenes de Ethan me vino a la cabeza: Ethan fumando un cigarrillo a su manera reconcentrada; pasando del inglés al italiano con toda facilidad para hablar con sus padres; viendo un concierto en un gari-to de luces mortecinas con un whisky en la mano, volviéndose para dirigirme una amplia sonrisa que solo nosotros comprendíamos;

tumbado en la hierba del parque contemplaba el cielo y se reía con tantas ganas que le temblaba todo el cuerpo; y las lágrimas que le vi derramar, solo una vez en dos años, cuando me describió la pesadilla recurrente que le robaba el sueño. Cerré la mano sobre la fotografía y pensé en estrujarla. Había amado a Ethan con todo mi ser, pero tenía que arrinconarlo en el pasado y no dejarle salir de allí.

Cinco minutos después, al mirar por la ventanilla del autobús y ver una fila de casas victorianas adosadas de tres plantas, con las puertas pintadas de rojo o verde o azul, me di cuenta de que habíamos llegado a mi parada, Goose Green, en East Dulwich, un barrio pretenciosamente publicitado en estos tiempos por los agentes inmobiliarios como ideal para artistas y personas creativas, con lo que aún habían subido más los precios. Todavía con la foto en la mano, pulsé el timbre y el conductor pegó un frenazo, y todos los pasajeros que iban de pie en el pasillo salieron despedidos hacia delante, dándose pisotones.

—Disculpe —le dije al hombre que iba a mi lado mientras me abría paso hacia la puerta y la foto se me resbalaba de los dedos y caía al suelo del autobús—. Ay, mierda, se me ha caído...

Las puertas se cerraron a mis espaldas una centésima de segundo después de que me hubiera apeado. Golpeé el cristal con la palma de la mano pero el conductor no me hizo ni caso. Dejé las bolsas en el suelo y respiré hondo. Había perdido la fotografía de Ethan. No me importa, me dije. Ethan era el pasado. Ahora tenía a Joe y lo único que importaba era él. Aunque parezca una cursilada, Joe había llegado al galope a mi vida y me había subido a lomos de su corcel blanco cuando estaba en mis momentos más bajos. Se había ganado mi devoción absoluta e incondicional. ¿Qué más daba que pisotearan y destrozaran aquella foto? Ese mismo destino lo había padecido mi corazón a manos de Ethan. Observé cómo el autobús subía la cuesta petardeando y se perdía de vista, dejando tras de sí una gran voluta de humo negro.

—Olvidalo —me dije a mí misma—. Vamos, no tengo ni un minuto que perder.

Eché una ojeada al móvil. Eran las cuatro de la tarde, lo que me dejaba tan solo tres horas antes de la llegada de los invitados del Club de las Cenas de los Sábados. Tenía montones de cosas que ha-

cer. La frente me sudaba. La idea de cocinar para desconocidos y a contrarreloj me daba pavor.

—Me debes una, Joe —dije entre dientes, y mientras caminaba volví a pensar en la fotografía perdida de Ethan. La mayoría de sus fotos las había hecho pedazos en un arrebato de cólera durante una borrachera, poco después de que se fuera, y luego, cómo no, me arrepentí inmediatamente e hice un patético intento de pegar los trozos. Pero no fue eso lo peor. Me moría de vergüenza al recordar el sinfín de poemas que escribí en mi diario, tenebrosos y cargados de angustia. Gracias al cielo nunca se los envié a él ni se los enseñé a nadie. Aún los conservaba: un crudo recordatorio de que con el corazón debía andarme con cuidado.

Me apoyé las bolsas contra el pecho y doblé la esquina de Elsie Road, donde vivía en un minúsculo piso con jardín de una casa victoriana remodelada que me recordaba a un surtido de golosinas de colores, y es que el dueño anterior había podido permitirse pintar el exterior de un encantador tono azul pálido y los marcos de las ventanas de blanco. Para ser exactos, más que de un jardín debería hablar de un sello de correos con un par de tuestos de lavanda en flor y un manzano solitario. En cualquier caso, me encantaba vivir en aquel piso con mi gato *Banjo*. En los dos últimos años lo había convertido en mi hogar, poniendo desde maceteros con hierbabuena, cebollinos y tomillo en las ventanas, hasta un timbre de bronce *art decó* en la puerta, con la palabra «pulsar» grabada. Además conocía a algunos vecinos, lo que no era muy común en Londres, en su mayoría familias jóvenes con los cuartos de estar abarrotados de cachivaches para bebés. Contuve la respiración al pasar junto a un cubo de basura rebosante que nunca parecían vaciar y que con el calor apestaba. Al fin, asfixiada y con los brazos moteados de horribles bichitos negros, llegué a mi piso y abrí la puerta.

—¡Hola! —le dije a voces a Joe a la vez que me quitaba las sandalias de sendos puntapiés, abría de un empujón la puerta de la cocina y con un último esfuerzo colocaba las bolsas de la compra sobre la encimera—. ¿Joe? ¿Dónde estás?

En cuanto eché una ojeada a la cocina me sentí más animada. Era mi rincón preferido de la casa, muy pequeña pero equipada a la perfección, y bien surtida de las cosas que más me gustaban. Aquel

día hacía allí un fresquito muy agradable, entre las impolutas paredes blancas, el aparador empotrado, los estantes que se combaban bajo el peso de mi adorada colección de libros de cocina, los armarios atiborrados de tabletas de un kilo de chocolate de primera, listas para cuando me apeteciera preparar una buena reserva de galletas con pepitas de chocolate, enormes bolsas de harina y azúcar para hornear, y el frigorífico lleno hasta arriba de quesos curados y cremosos que se podían untar en galletas saladas para zampárselas acompañadas de un buen vaso de vino tinto a altas horas de la noche. Había también una cortina de cuentas que me gustaba cruzar a toda velocidad al estilo de Beverley en *Abigail's Party* y que daba paso a la despensa. Por esa despensa me había decidido a comprar la casa. Era fresca y oscura, y la tenía repleta de tarros de mermelada, encurtidos y especias. Disfrutaba plantándome allí dentro solo para mirar. Si pudiera elegir dónde pasar mis últimas horas de vida, me metería en aquella despensa, a solas con una crujiente *baguette* recién hecha, rellena de un buen chocolate negro crujiente.

—¿Joe? —le llamé, saliendo al pasillo, donde tropecé con una vajilla embalada y me di de bruces contra un enorme ramo de azucenas que cubría por completo la mesa del teléfono. Debía de haber costado una fortuna. Fruncí el ceño. Las azucenas nunca me habían gustado demasiado. Su intenso aroma me recordaba el funeral de mi madre. En aquel entonces no sabía qué simbolizaban y no comprendí cómo podían haber elegido unas flores tan sosas para una persona tan desbordante de vitalidad.

—¿Joe? —repetí de nuevo, apartando sus zapatos de en medio con el pie.

Desde que Joe y yo empezamos a salir, sus pertenencias habían ido brotando por todos los rincones de mi casa como setas silvestres, de las comestibles. Aunque Joe tenía un piso propio en Kentish Town, su guitarra y su uniforme de camisetas Worn Free, sus vaqueros Lee y zapatillas Vans blancas habían pasado a formar parte del mobiliario de la mía; además, su Spider MG estaba siempre a la puerta, y atraía a los tíos como un tarro de miel a las abejas. Daisy, mi hermana mayor, había jurado que iba a ahorrar para comprarse uno, convencida de que era el medio perfecto para conocer y conquistar a un buen partido.

—¡Estoy aquí! -gritó Joe desde el jardín—. ¡Aquí fuera!

Al salir vi a Joe, rubio, esbelto y de un metro ochenta, subido a la escalera de mano, enredando ristras de bombillas de colores en las ramas del manzano, y esa visión me arrancó una sonrisa. Se quitó las gafas de montura oscura, cerró los ojos, se los frotó, y después bajó y me dio un beso en la boca. Su cuerpo, apretado contra el mío, tenía la tibieza del sol. Lo abracé, me acurruqué contra su pecho y eché una ojeada a las nubes altas, oscuras e hinchadas que se arremolinaban en el cielo.

—¿Son para mí esas azucenas? —dije—. Nunca había visto un ramo tan gigantesco.

—Son para desearte suerte para esta noche —respondió—. Y para agradecerte que me hayas sacado del apuro sobre la marcha. Ya verás cómo te alegras cuando me haya convertido en un magnate de los medios de comunicación globales.

—De eso nada, me gustas tal como eres —dije, abrazándolo con fuerza—. No es necesario que me compres tantas flores. En lugar de un café, podría abrir una floristería. Tal vez sería mejor, tal como van las cosas...

—Si dejo de comprarte flores, la floristería de al lado del metro tendrá que cerrar —dijo—. No quiero ser responsable de su quiebra. Además, estoy engatusándote para que te cases conmigo. Es un chantaje emocional, no pura generosidad.

Joe me pedía que me casara con él, o aludía a ello, prácticamente todos los días. Pero siempre como en ese momento, de guasa, a la ligera, nunca en serio. Me había acostumbrado a hacer como si nada o a darle alguna réplica sarcástica. No era más que una forma nuestra de hablar; una broma compartida, aunque no tengo muy claro que nos hiciera mucha gracia a ninguno de los dos.

—Voy a consultar mi agenda —dije siguiéndole el juego—. Quizá tenga un hueco en 2020...

Levanté la mirada hacia él para sonreírle y Joe esbozó una sonrisa y entornó los ojos, tramando algo. De pronto me agarró por la cintura y me echó sobre su hombro, como un bombero al rescate.

—¡Joe! —chillé, riéndome y pataleando—. ¡Bájame de aquí!

—Ni hablar —dijo alegremente—. Te voy a llevar al dormitorio ahora mismo.

Me zafé de sus brazos retorciéndome, sin dejar de reír. De nuevo sobre mis pies, sacudí la cabeza y arqueé las cejas.

—Lo siento, Joe —dije, tirando del elástico de sus calzoncillos, que asomaba sobre la cintura de los vaqueros—. No hay tiempo para eso. Tengo muchísimo que hacer. ¿Lo dejamos para más tarde?

Le di un beso en la mejilla y volví a abrazarlo.

—Más tarde —dijo con un suspiro—. De acuerdo.

Noté su insatisfacción. En los últimos tiempos, el café me había tenido ocupadísima desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, y sabía que nuestra relación se había resentido. Pero es que estaba cansadísima y estresada, no era más que eso.

—Tengo una idea —dije, a la vez que me prometía a mí misma esforzarme más después de esa noche—. ¿Qué tal si mañana desayunamos en la cama?

—Estupendo —dijo, animándose visiblemente—. Genial.

No quería que Joe sintiera que no lo valoraba. Me mordí el labio, confiando en que no se sintiera así.

—Gracias por haber colgado esas luces —le dije, mirando las lucecitas cuidadosamente enredadas en las frondosas ramas del manzano—. A mí seguro que no me habría dado tiempo.

—Ha sido muy fácil —dijo amablemente.

Me agarré de su brazo y se lo apreté con gratitud, conduciéndolo hacia dentro. Todo era muy fácil para Joe. Era el señor Muy Capaz, que ponía un poco de orden en mi caótica vida, y por eso lo amaba.

—Debería poner en agua las azucenas —dije—. Cuánto tengo que hacer. Vienen a las siete, ¿verdad?

Joe hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —dijo—. Dominique, la chica del periódico que va a escribir el artículo, dijo que vendría a la vez que los demás.

—¿No te ha dicho cómo se llaman? —pregunté.

Joe negó con la cabeza y se rascó la barbilla.

—No. Dijo que los mandaría por correo electrónico, pero no he recibido nada. ¿Quieres que le mande un SMS? En realidad, me da la impresión de que tienen como norma no facilitar los nombres antes de que se reúna el grupo...

—No te molestes —me encogí de hombros—. No tardaré en enterarme.

Al entrar en el piso, comparativamente fresco y oscuro, me estremecí de frío y tuve que adaptar la vista. Joe me detuvo, me tomó entre sus brazos y volvió a besarme; luego cogió de la mesa de las azucenas las llaves del coche y el teléfono móvil.

—Tengo que irme —dijo—. Le he prometido a tu padre que lo acompañaría al club de folk mientras tú te dedicas a lo tuyo esta noche. A saber lo que me voy a encontrar allí.

Levantó las cejas y me dirigió una sonrisa rápida.

—A lo mejor bailo la danza Morris —añadió.

—Para eso necesitas campanillas en los zapatos —respondí, y le di un achuchón—. Gracias por ocuparte de mi padre. Eres un cielo.

—No, qué va —dijo—. Es que tu padre me cae bien.

Por un instante, lo vi abatido y le sonreí alegremente. Sabía que estaba pensando en su padre, cuya personalidad trastornada y constantes borracheras dejaban mucho que desear. Mi padre era todo lo contrario, un ser adorable. La gente lo quería mucho, y yo más que nadie.

—Que te diviertas —dije, y le di un abrazo—. Te quiero, ¿sabes?

Joe me apretó contra él. Percibí su olor a menta. Joe siempre olía a protector labial de menta. Sé que es una confesión adolescente, pero el caso es que cuando Joe se fue de viaje de trabajo durante dos semanas hace un par de meses, compré un frasco de ese bálsamo para untarme bien los labios. Lo pasé mal esas semanas, no porque no pudiera disfrutar de la vida sin Joe. Sí podía. Lo pasé mal porque comprendí cuánto me gustaba tener a Joe en mi vida, lo cual a su vez me inspiró un miedo atroz a la posibilidad de perderlo. Sabía que las personas a veces desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. Cada adiós puede ser el último. Me estremecía ante esa posibilidad.

—Déjalos KO —me dijo desde la puerta—. Pero sin pasarte, que el concurso no ha hecho más que empezar. Hasta esta noche, bomboncito.

—Ya quisiera yo ser un bomboncito —repliqué, repreniéndole con una mueca y sintiéndome como si tuviera doce años.

No pude reprimir una sonrisa de oreja a oreja. Nadie en el mundo salvo Joe podía llamarme «bomboncito», como si fuera mi nombre de pila, sin parecer un macho hinchado de testosterona. Quizá fuera por su acento. Con una voz como la suya, se podía decir práctica-

mente cualquier cosa y que sonara bien. Se despidió con la mano y cerró la puerta de la entrada, dejándome sola en la quietud del piso.

—No hay tiempo que perder —dije a la vez que entraba en la cocina y descolgaba de detrás de la puerta mi delantal de guingán rojo y blanco con volantes—. Ay-Dios-mío-mira-qué-hora-es.

Pensé en el menú. Mi intención era ofrecerles una comida de temporada, sencilla a la par que succulenta. Había comprado espárragos frescos y salsa holandesa para ir abriendo el apetito; mejillones, bacalao y almejas para el plato fuerte, la cazuela de mariscos, acompañada de pan casero con romero y tomillo; y para el merengue del postre tenía listas las cajas de fresas silvestres y los botes de nata fresca ecológica para cocinar. Lo primero era hacer los merengues. Tenían que quedar perfectos, dulces nubes de vainilla. Luego me tocaría arreglar la casa.

—Azúcar moreno —dije, abriendo la puerta del armario y apartando paquetes de harina y un frasco de extracto de vainilla—. ¿Dónde estás, azúcar moreno...? Y vinagre, necesito vinagre.

El truco de emplear azúcar moreno y vinagre para conseguir merengues quebradizos por fuera y tan esponjosos por dentro que se deshacen en la boca lo había aprendido de mi madre, que era una cocinera magnífica. Recuerdo la cara que ponía mi padre cuando ella los preparaba; embobado, como si nada en el mundo importase salvo paladear el merengue. Sonreí al recordarlo, casqué seis huevos sobre un cuenco, separando la yema de la clara, y pensé en que se acercaba el cumpleaños de mi padre. Daisy estaba empeñada en que le organizásemos una fiesta, pero yo no lo veía tan claro. Papá prefería ocultarse entre bastidores que ser el centro de atención, igual que yo.

—Voy a tomarme un vinito —pensé, sirviéndome un vaso de vino blanco a la vez que repasaba mentalmente lo que me quedaba por hacer y sentía un nudo en el estómago. Cada vez estaba más inquieta y no entendía la razón. Quizá fuera la perspectiva de tener que conversar con personas a las que no conocía, bajo la amenazadora mirada de un fotógrafo, en torno a mi propia mesa de comedor. Aunque no me faltaba aplomo, de vez en cuando me sentía inexplicablemente tímida y torpona, y deseaba volverme invisible por arte de magia. Confiaba en que aquella noche no fuera una de esas ocasiones. Bebí

un poco más de vino, partí una tableta de chocolate negro y me metí de golpe en la boca tres onzas.

Como casi todos los platos tenían que cocinarse en el último minuto, agregándose al final los mariscos, tras algunos preparativos más me duché y me vestí. Me maquillé con mucho esmero. Miré mi reflejo e hice una mueca. Aunque Joe tenía la desfachatez de llamarme bombón y en un momento de demencia pasajera me había comparado con Audrey Tautou (un piropo con el que en secreto me regodeaba, que una no es de piedra), yo más bien pensaba que con mi pelo a lo *garçon* y mis grandes ojos parecía un animalillo de la selva.

—Bienvenidos a mi casa —practicué en el espejo, esbozando una sonrisa falsa—. ¿Qué os apetece beber?

Volví a la cocina y me puse a revolver la cazuela de mariscos sobre el fuego, sintiendo un nudo cada vez más apretado en el estómago. Nubes de lluvia iban oscureciendo el cielo. Probablemente se avecinaba una tormenta. Pese a que en la cocina hacía calor, tirité.

Dejé el guiso haciéndose a fuego lento y, mientras tanto, fundí el chocolate negro para la cremosa salsa del postre y sorbí un poquito para «probarla». Dios mío. Soplé para retirarme el flequillo de los ojos y me serví un vaso de agua, aunque en lugar de beberla di otro trago de vino. Cada vez se me disparaban más los nervios. Con las manos temblándome, monté el postre: una torre inclinada de quebradizos merengues bañados en chocolate separados por capas rezumantes de nata montada con un toque de vainilla, fresas silvestres y pistachos picados, y mientras trabajaba me iba embutiendo en la boca cualquier trocito suelto. Acabé por comerme una capa entera. Nadie lo iba a notar. Atiborrada de azúcar, forcejeé con las fúnebres azucenas hasta que conseguí que se quedaran quietas en un par de jarrones verdes, puse la mesa colocando con cuidado la cubertería, los vasos, unas velas de lunares, las servilletas y, en el centro, uno de los jarrones verdes; después, con solo unos minutos por delante, recorrí el piso recogiendo cosas del suelo. Metí a presión en un cajón un sujetador que estaba por ahí tirado, puse en un estante un inquietante montón de facturas y quité el polvo a soplidos a unos cactus plantados en tarros de Marmite. Cambié tres veces el CD y empujé bajo el sofá el DVD *Cocinando con Keith Floyd*. Miré por la ventana y observé cómo un pitbull de cabeza cuadrada arrastraba a su amo por

la calle. Luego, sentada en el brazo de un sillón del cuarto de estar con las piernas cruzadas, estuve mirando el reloj mientras tamborileaba con los dedos sobre mi rodilla. A las siete menos un minuto, tres timbrazos cortos me hicieron dar un brinco hasta el techo. Eché una ojeada al espejo que había junto a la puerta principal y dibujé una sonrisa con los labios. Abrí la puerta y me quedé mirando con los ojos de par en par. Se me cortó la respiración. Me flaquearon las piernas. Me llevé la mano a la boca. No daba crédito a lo que veía. Parpadeé. Era Ethan, mi ex, el que fuera el Amor de Mi Vida, el chico que me había partido en dos el corazón con la facilidad con que se parte una judía verde.

—¡Dios mío! —exclamó estupefacto, echándose hacia atrás y tropezando con la ensortijada glicinia que colgaba del enrejado—. ¿Eve?

El corazón me palpitaba, la sangre se retiró de mis mejillas. Me sujeté a la puerta para mantenerme en pie. Era él. Ethan Miller. Tragué saliva y me mordí el labio inferior con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre.

—¡Santo Dios! —dijo Ethan, con los ojos redondos como platos—. No me lo puedo creer. Han pasado casi tres años.